

ALGO DE HISTORIA DE LAS LENGUAS

Y OTRO TANTO

DE ETIMOLOGIA, COMO INTRODUCCION A LA MATERIA

CONFERENCIA DEL 8 DE OCTUBRE DE 1921

Si he resuelto dictar una serie de conferencias sobre lingüística, me ha guiado el deseo de demostrar que en gran parte las dificultades que se presentan en el estudio de las lenguas, provienen de que el estudiante no ve con claridad lo que son, ni cual puesto ocupan entre los fines de la vida. Al demostrar someramente la historia primitiva de las lenguas, y como ellas han sido el producto y la consecuencia de las más rudimentarias necesidades y circunstancias del género humano, estoy convencido de que lograré ensanchar la capacidad de comprensión de la materia.

Me propongo mostrar los medios de que se servían y se sirven aún los hombres más rudos, para hablar por gestos y por gritos, deduciendo de allí los recursos más perfectos del lenguaje articulado, en el sentido de adelantos sobre aquellos métodos rudimentarios; deseo comprobar que aquel que se ha preocupado de estos preliminares, tiene un punto de partida más seguro y positivo en la ciencia del lenguaje que cuando, sin preparación alguna, se enreda en las complicaciones sutiles de la gramática, las que, faltas de explicación, le parecen arbitrariedades antes que reglas destinadas a ordenar y facilitar el estudio.

No es mi intención presentar la materia en forma estrictamente técnica, sino de una manera fácilmente comprensible, concretándome a consignar lo verdaderamente sólido y de interés.

Familias de lenguas

¿Cuántas serán las distintas lenguas habladas por el hombre? Desde luego aparecen que son unas mil. Mas, a primera vista se nota que no todas tienen un origen distinto. Existen grupos de lenguas tan íntimamente parecidos en su gramática y en su vocabulario, que no se puede menos de convenir en una descendencia común de un lenguaje anterior. Tales grupos de lenguas se ha denominado “familias de lenguas”, y precisamente el grupo, al que pertenece el idioma hablado por nosotros, puede servirnos de ejemplo para el aludido desarrollo.

Si tomamos por punto de partida el latín en su sentido más amplio, esta lengua fué en la antigüedad la de Roma y de varios distritos de la actual Italia. Conforme, ahora, se extendía el poder romano, el latín conquistaba las comarcas más distantes, haciendo desaparecer y reemplazando, a veces, a los idiomas primitivos de provincias enteras. Desarrollándose después de manera distinta en cada comarca, el latín resultó ser la base de la familia de las lenguas románicas, representada en primer lugar por el español, el francés, el italiano, etc.

La familia de las Lenguas Románicas

Siglos y siglos de existencia y de desarrollo independiente han hecho diferir a todos estos hijos de una sola madre tanto, que, por ejemplo, un francés o un italiano, por ilustrados que fueran, no serían capaces de leer el “Don Quijote”, a no ser que previamente hicieran estudios bastante profundizados de la lengua castellana; y lo mismo pasaría al español o hispano-americano que se propusiera leer el Dante en su texto original.

Sin embargo, las lenguas románicas conservan las huellas de su origen romano, con la suficiente claridad para que se pueda citar sentencias castellanas, francesas o italianas, correlacionando enseguida cada palabra con algún equivalente en latín clásico, que se pudiera considerar algo así como la forma original.

Para ilustrar mejor esta mi aseveración, daré algunos ejemplos. Debo advertir, sin embargo, previamente, que, ya que la conveniencia lo pide así, no presento las comparaciones en su forma gramatical precisa:

Por la calle de Después se va a la casa de Nunca.

Per illam callem de De-Ex-Post se vadit ad illam casam de Nunquam.

Parler de la corde dans la maison d'un pendu.

Parabola de illam chordam de intus illam mansionem de unum pendo.

Chi va piano va sano, chi va sano va lontano.

Qui vadit planum vadit sanum, qui vadit sanum vadit longum.

Estos ejemplos dan a entender que tanto el castellano, como el francés y el italiano no son más que transformaciones del latín. Las palabras se han alterado paulatinamente, conforme iban alejándose de la lengua madre. Supongamos ahora que el latín se hubiera perdido; no obstante, la filología, por medio de la comparación de las diferentes lenguas románicas, podría haber deducido la existencia de una lengua que diera origen a todas ellas, y no cabe duda de que tal reconstrucción siquiera proporcionaría una vaga idea de la riqueza del latín en voces y de su prolijidad gramatical.

Allí, donde la lengua madre efectivamente se ha perdido, sir-

ve este sistema de raciocinio para hallar a raíz del parecido existente entre los idiomas que de ella se derivan, siquiera rastros de ella.

La familia de las lenguas Bajo-Alemanas

Hagamos un paseo imaginativo por el puerto de Buenos Aires. Entremos a cualquiera de los locales frecuentados por la marinería extranjera. Al lado del español, del italiano y del francés, encontraremos en crecido número a ingleses, holandeses y alemanes. Una verdadera Torre de Babel nos parecerá en el primer momento la bulla ensordecedora que nos recibe, producida por la conversación animada de los concurrentes, en infinidad de lenguas. Mas, si prestamos atención, distinguiremos fácilmente siquiera unas frases o palabras sueltas de nuestros vecinos más cercanos.

De la conversación de un grupo de marineros holandeses y alemanes pescamos al vuelo los siguientes fragmentos: “Kom hier!”, llamamiento dirigido al mozo por un holandés y apoyado por el “Komm her!” de un alemán. Mientras que el mozo, tipo de rasgos pronunciadamente germánicos, atiende a sus interlocutores, suena de otra mesa en inglés un enérgico “Waiter, come here!”... Kom hier (holandés), komm’ her (alemán), come here (inglés), no se diferencian grandemente, que digamos... Por repetidas veces oímos preguntas corrientes, como: “Wat zegt gij?” (¿Qué decís? holandés), o “Wat seggt yi?” (en bajo alemán), y nos acordamos del inglés arcaico: “What say ye?” Seguimos escuchando: “Het is een hevige storm; ik ben zeer koud”. (Es un fuerte temporal; tengo mucho frío... en holandés), “jo, dat is en heftigen Storm; ik bin ook sehr kalt”, (lo que en bajo alemán, significa lo mismo que la frase holandesa); y volvemos a comparar con el inglés arcaico, que dice: “It is a heavy storm; I be sore cold”. Para significar su ignorancia, contesta un holandés: “Ik weet niet” (yo no sé), un bajo alemán: “Ick weet nich”, un al-

to alemán: "ich weiss nicht", y un inglés arcaico habría dicho: "I wit not".

Fácilmente se comprende que dos o más lenguas no podrían parecerse tanto, si no descendieran todas de un mismo tronco. De modo que holandeses, alemanes e ingleses deben haber hablado alguna vez una lengua madre o un grupo de dialectos, que se ha convenido en llamar el bajo-alemán antiguo, aunque no se lo conozca, sino muy rudimentariamente, ya que no se ha conservado por la escritura.

Comparación filológica a base de la analogía

Ahora, si todos los idiomas ofrecieran tan pocas dificultades para el esclarecimiento de su procedencia, como lo hemos visto en los pocos ejemplos sencillos que acabo de exponer, la filología se encontraría frente a una tarea sumamente fácil. Pero resulta que en el transcurso de las edades, el lenguaje de cada familia ha evolucionado individualmente, dificultando cada vez más la demostración de su parentesco a base de oraciones completas. De modo que la ciencia filológica tiene que concretarse a trabajar con analogías cada vez menos perfectas; pero aún así alcanzan su propósito, siempre que a más de la coincidencia de un vocablo en dos idiomas, haya también coincidencia de las formas gramaticales correspondientes en las lenguas comparadas.

Busquemos algunos ejemplos: Esta vez los hallaremos en las lenguas clásicas. Elegiremos el sánscrito, lengua clásica de los brahmanes hindúes, el griego y el latín...

"Dar" significa en sánscrito "dá"; el presente de este verbo se forma por medio de la reduplicación de la raíz, agregándose al mismo tiempo un afijo, que correspondería a nuestro pronombre personal; la forma "dadâmi" significa "yo doy". El griego construye la forma: "dídomi"; otra forma verbal del verbo citado, el participio futuro, dice: "dâsyamânas", teniendo su

forma correspondiente en griego por “dosómenos”; el sustantivo sánscrito “dâtâr” (dador), corresponde en griego a “doter”.

Veamos ahora algunas analogías entre el sánscrito y el latín: Tomemos por ejemplo el sustantivo “la voz”. Las formas declinadas sánscritas de “vâk, vâcâs, vâcam, vâcas, vâcâm, vâgbhyas”, son fielmente representadas en latín por las siguientes, que les corresponden en gramática: “vos, vocis, voces, vocum, vocibus”.

Estas son analogías que imponen la conclusión de que los tres idiomas deben descender de una lengua madre anterior, habiendo evolucionado cada uno separadamente y conforme a la especial dirección que las circunstancias les impusieron.

Y una vez admitida la existencia de la referida lengua madre anterior a los tres idiomas recién citados, no solo se explica su descendencia, sino la de todas las lenguas antiguas y modernas en Asia y Europa: las lenguas indias, el persa, el griego, el latín, el eslavónico, incluso el ruso, el teutónico, del que forman parte el alemán, el inglés, el holandés, el escandinavo, etc., las lenguas celtas, con el galés, todas ellas son descendientes de aquella lengua madre, perdida en el olvido de los tiempos, dotada por nosotros del nombre convencional de “idioma ario”, y vagamente conocida en la práctica, tan solo por la comparación de las lenguas que de ella descienden.

Algunos idiomas han descendido hasta nosotros en sus formas antiquísimas, es decir en el concepto que nosotros solemos dar a la palabra antiguo. La literatura hindú y persa ha impedido la desaparición de las lenguas sánscrito y zenda; y la filología, al apoderarse de este interesante material de estudios, ha comprobado que su antigüedad es mucho mayor que la de las primitivas inscripciones griegas y latinas y que la escritura cuneiforme sobre piedra, del rey Darío.

Ahora no se debe creer que el solo hecho de la descendencia común sea suficiente para garantizar su fácil correlación. Muy al contrario, las lenguas arias, aún en las formas más antiguas que

conocemos de ellas, ya están en un estado tal de distanciamiento entre sí, que la filología moderna se ha visto en un serio compromiso al tratar de probar que todas ellas tienen un origen común. El parecido casi imperceptible entre el galés, el alemán y el griego, dará una idea acerca del tiempo que debe haber pasado desde aquella época en la que los tres idiomas se desprendieron del ario primitivo, el que, según toda probabilidad ya había desaparecido, mucho antes de los comienzos del período histórico.

La familia de las Lenguas Semíticas

Mas, no son solamente los idiomas arios, los que han desempeñado un papel elevado en la historia de la humanidad. Entre las naciones de la antigüedad había quienes hablaban idiomas pertenecientes a la familia de lenguas semíticas, o sea el hebreo, el fenicio y asirio, este último conocido por los desciframientos de las inscripciones cuneiformes de Nínive. Este grupo de lenguas clásicas de la familia semítica tiene su representante moderno en el árabe. La semejanza de este idioma con el hebreo, como representante de los clásicos de la familia semítica, sus analogías y correspondencias, trataré de demostrar a la mano de algunos ejemplos sencillos y al alcance de todos. Nadie desconocerá el popular saludo árabe: "Salám alaikum!" (paz contigo); ahora, los antiguos hebreos saludan con "Sholom lochem". Entre los nombres bíblicos encontramos a un tal Ebed-Melech (Siervo del rey), del que se cuenta que sacó del calabozo al profeta Jeremías; en la historia árabe de Mahoma figura el califa Abd-el Melik, lo que significa lo mismo. Mas, ni el hebreo, ni el fenicio o asirio, y mucho menos el árabe tienen méritos para ser considerados como base de la familia de las lenguas semíticas. Todos ellos son hermanos y tienen su origen en un idioma remoto, desaparecido desde hace mucho, mucho tiempo.

Tres lenguas aisladas

Los jeroglíficos nos han proporcionado el conocimiento de otro idioma antiquísimo, es decir, del egipcio arcáico, el que por su carácter no cabe dentro de la familia de las lenguas semíticas, a pesar de que en él se encuentran múltiples rastros que nos hablan de la influencia que deben haber ejercido sobre él los idiomas semíticos.

Tampoco admiten clasificación, dentro de algún grupo de otros idiomas, dos lenguas habladas hace cuatro mil años. Me refiero al babilónico y al chino arcáico.

Si ahora resumimos lo anteriormente dicho, veremos que dos grandes grupos lingüísticos predominan en Asia y Europa: el primero de las lenguas arias, y el otro de las semíticas. Aisladamente, formando cada uno un tipo para sí, figuran tres lenguas más: el babilonio, el chino arcáico, y el egipcio de los jeroglíficos, el que, a pesar de haber sido hablado por un pueblo radicado en el norte del Africa, debe citarse en este lugar, por ser el exponente de una de las grandes civilizaciones de la antigüedad.

Lenguas africanas

Réstanos mencionar, brevemente en este lugar, las lenguas habladas por los negros del continente africano. Para no extenderme demasiado, me contentaré citando dos de las familias lingüísticas más importantes de vasta extensión: el Basuto y el Suaheli, de los que más adelante me ocuparé.

Lenguas americanas

Las lenguas del continente americano, por último, forman un capítulo por sí; también ellas se congregan en múltiples familias, algunas de las cuales han merecido la atención más amplia de la

filología americanista. Acerca del atabasco, del algonkin, del nahuatl de Moctezuma y el azteca derivado de él, del Maya, del Quichua y Aimará, del Guarayo, del Tupí, del Guaraní, del Araucano, etc., se han hecho amplios estudios, de los que nos preocuparemos en su debido lugar. Tan solo como curiosidad quiero incluir en mi rápida revista de hoy, el hecho de que no ha faltado quien, en busca del origen de las lenguas del antiguo imperio del "Tahuantinsuyo", ha creído encontrar analogías entre el Quichua y el Sánscrito. También de este asunto diré más, cuando le toque su turno.

Creo que bastará esta breve ojeada del estado primitivo conocido del lenguaje en el mundo, para demostrar que lo principal de la formación del lenguaje se hizo en las épocas prehistóricas. Por más que la ciencia filológica retroceda, siempre se encontrará frente a un grupo de idiomas existentes ya, que se diferencian en vocabulario y construcción, de modo que, si alguna vez hubiere habido un parentesco entre ellos, ya no se puede reconocerlo. *De aquí se desprende que todos los estudios, todas las investigaciones, respecto a una lengua madre primitiva del género humano, han dado resultado negativo, hasta la fecha.* De todas las lenguas que conocemos, ninguna de las más antiguas da indicios de haber sido el idioma primitivo de los hombres.

De lo anteriormente dicho permítaseme sacar una conclusión: Es que las épocas de desarrollo y de decadencia han hecho desaparecer los rastros que nos podrían conducir talvez a conocer la manera de cómo los sonidos han llegado a adquirir cada uno su característica distintiva. De un hecho no cabe duda: Durante las edades históricas, el género humano ha avanzado muy poco en cuanto a formaciones completamente nuevas del lenguaje, y esto se comprende, porque ya no existía la necesidad para ello. Para la vida cotidiana alcanzaba el vocabulario transmitido de padres a hijos, y toda nueva idea encontraba, y encuentra todavía, su expresión, por medio de la transformación de uno o varios vocablos ya conocidos.

Ahora, si las edades históricas encuentran en sus primeros albores ya un lenguaje desarrollado con demás perfección y de vasta ramificación por grupos completamente distintos entre sí; si los adelantos, que la humanidad ha hecho en sentido lingüístico-constructivo desde entonces hasta hoy, son minúsculos, conviene proponer a la filología una pregunta de índole netamente antropológica: ¿Cuál será entonces la antigüedad del hombre? Y la filología responde que el género humano lleva una existencia lo suficientemente larga en este planeta, para que el lenguaje haya podido desarrollarse desde sus primeros comienzos hasta alcanzar la perfección idiomática de nuestros días, y para que las diferentes lenguas resultantes pudieran desarrollarse en familias y grupos, extendiéndose a través del mundo.

Esta gigantesca obra ya había terminado en tiempos muy remotos, considerados como tales desde las épocas jeroglíficas del Egipto, de las inscripciones primitivas cuneiformes de Babilonia, de los primeros documentos que conocemos de Asiria, Fenicia, Persia, Grecia, porque todas estas grandes naciones son los exponentes de vastas familias lingüísticas en pleno vigor.

La cuestión del origen de la lengua, la que ya preocupaba a los filósofos griegos, y la que más tarde se trataba de explicar, apoyándose en la biblia y sus tradiciones, en el sentido de una procedencia sobrenatural, se ha transformado en el transcurso del siglo diecinueve en una cuestión de la formación de las distintas lenguas primitivas prehistóricas, al alcance de la ciencia lingüística, como las indo-germánicas y los hamito-semíticas. A pesar de que no deseo repetirme, conviene recordar, sin embargo, que estas lenguas primitivas, aunque nosotros nos imagináramos su apogeo a diez o veinte mil años antes de Cristo, son meramente un punto final de una evolución y de un desarrollo, cuya duración y cuyos factores impulsores se sustraerán probablemente ad eternam a la investigación.

Lo que la filosofía lingüística ha producido hasta hace poco para la solución del problema, constituye, en su casi totalidad, un

fracaso. Aparte de la ya mencionada teoría del origen divino, existe la hipótesis, según la cual el lenguaje ha sido inventado por el hombre, intencional o casualmente: la teoría de la invención; otra, según la cual la instigación al lenguaje provino del sonido y de otras impresiones sensuales que se imitó: la teoría de la imitación; y una, según la cual sonidos subjetivos de la naturaleza y del sentimiento, en un principio emitidos casualmente por el hombre, fueron asociados con los objetos, cuya percepción acompañaban: la teoría del sonido de la naturaleza. Tampoco faltan las combinaciones de estas teorías entre sí.

Hoy se defiende, es decir, hasta donde la ciencia está todavía dispuesta a preocuparse de la cuestión, lógicamente dos puntos: es decir, en primer lugar, el desarrollo muy paulatino del lenguaje, de modo que es imposible precisar el momento concreto de este desenvolvimiento, en él que la denominación "lenguaje", en contraste a lo inmediatamente precursor, pueda parecer aplicable y apropiado por primera vez; y en segundo lugar, se toma como base de la consideración, tan solo aquellas características de la conciencia humana, y tan solo aquellas transformaciones y renovaciones del lenguaje, que se presentan en forma accesible a nuestra observación minuciosa.

Hablando con Guillermo Wundt y perfeccionando lo anteriormente dicho, se me permitirá agregar todavía lo siguiente, como probable:

Como movimiento de expresión, el lenguaje humano ha surgido de la totalidad de los movimientos de expresión que caracterizan la vida animal, en sentido general. Una verdadera separación entre animal y hombre no existe con relación a la lengua; el lenguaje está difundido, más bien, entre los animales, en numerosas graduaciones. Queda, por lo tanto, únicamente la cuestión de cómo precisamente los movimientos de expresión, características del hombre y adecuados a su grado de conciencia, se han transformado en sonidos lingüísticos, y más adelante, poco a poco, en símbolos abstractos del pensamiento. Lo significativo no

puede haber sido en la exteriorización primitiva del lenguaje, el sonido mismo, sino el movimiento de los órganos de articulación, el que representa tan solo una especie de los movimientos mímicos, los que expresen un sentimiento, un afecto o una idea. Los sonidos lingüísticos fueron, por lo tanto, recién un fenómeno deductivo de los gestos fónicos, y tan solo paulatinamente, bajo la influencia de la constante convivencia de los hombres, los sonidos lingüísticos se han independizado, resultando más y más superfluas las acciones mímicas y pantomímicas.

Mas, como resultado de las condiciones psico-físicas que rigen la formación del sonido, el sonido lingüístico no era ningún reflejo mecánico, sino, por supuesto, la reacción psicofísica más sencilla en el terreno de los procesos del movimiento: una acción voluntaria por impulso, o claramente definida.

Y motivada, al mismo tiempo, desde un principio, psíquicamente, todo el desarrollo de lo que nosotros denominamos lenguaje, se transforma en una sucesión de procesos, en los que se refleja el desenvolvimiento espiritual del hombre, con toda fidelidad.

FISIOLOGIA DEL SONIDO

CONFERENCIA DEL 15 DE OCTUBRE DE 1921

Es una verdad indiscutible que nada nos hace recordar nuestro terruño con mayor intensidad; que ningún lazo nos une a él con más indisoluble solidez, que la lengua patria; y no solamente la lengua patria, sino muy especialmente el dialecto que ha acariciado nuestro oído desde nuestra primera juventud. A partir de la edad más tierna, el oído se acostumbra insensiblemente a ciertos sonidos, llegando pronto a distinguir las variaciones más sutiles.

El inglés, por ejemplo, contiene gran cantidad de vocablos que en su escritura coinciden con sus equivalentes franceses, respectivamente alemanes. Y sin embargo, si colocamos lado a lado

los referidos equivalentes,—¿de dónde provendrá que, a pesar de todo su parecido, se presentan a nuestro oído tan distintamente? La causa está en las múltiples formaciones de sonidos, los que no solamente se concretan en características pronunciadas, tales como la “z” castellana, o la “th” inglesa, la “ch” alemana, o el sonido nasal francés, como por ejemplo, en “l’enfant”, sino que se dejan notar en la pronunciación de las vocales más simples y corrientes.

Estos sonidos, como componentes primitivos de las sílabas y palabras, hemos de considerar algo más de cerca, averiguando, cuál es y dónde tienen su origen.

Algo de acústica

Asunto conocido es que todo ruido es producido por un sacudimiento de la capa aérea. El aire es extremadamente elástico; si vibra, por ejemplo, una cuerda, sus vibraciones se transmiten instantáneamente por el aire, en la forma de condensaciones esféricas y adelgazamientos que se siguen con la misma rapidez que las vibraciones de la cuerda, y a los que se llama ondulaciones. Estas ondulaciones son comparables con aquellas que se forman, cuando se deja caer verticalmente una piedrecita al agua. De la rapidez con que se siguen estas ondulaciones, depende la agudez del sonido; porque un sonido es imaginable en realidad solamente con relación a otro sonido, es decir, que nosotros nos inclinamos, al percibir un sonido, a compararlo con otros sonidos. Al hacer estas comparaciones, pronto nos fijamos en que ciertos sonidos armonizan, y en que en su sucesión o en su consonancia impresionan agradablemente el oído.

La acústica nos enseña que las cifras de vibraciones para tales sonidos se encuentran en proporciones muy simples, es decir, aproximadamente, como los números 1. 2. 3. 4. 5. etc. De estos espacios entre los sonidos o intervalos, no tenemos que ocuparnos por lo pronto. El órgano vocal humano produce por cierto, tam-

bién sonidos muy hermosos y armoniosos por medio del canto, pero nosotros tenemos que considerar otro producto del mismo órgano. Me refiero a los sonidos articulados. A continuación veremos, como y donde se produce esta articulación.

El órgano vocal

La parte más importante de nuestro órgano vocal, el que por toda su construcción pertenece a la especie de los instrumentos musicales de viento, teniendo un gran parecido con el clarinete o la obóe, es la laringe. Dos membranas elásticas, comparables a la piel hendida de un pequeño tambor, tienen su sitio en la laringe. Un aparato muscular sirve para tensionarlas con variable intensidad, para provocar las vibraciones del aire expirado. De este modo nos vemos capaces de producir a nuestro libre albedrío, sonidos y ruidos de diferente colorido y timbre, y de formación muy variada, los que, finalmente, utilizamos—al cabo de un aprendizaje más o menos largo y penoso—en el canto y en el lenguaje. Sin embargo, la formación del sonido articulado depende todavía de otros órganos.

Los sonidos producidos, digamos, a fuerza de vencer obstáculos—porque sin los obstáculos, la laringe tan solo emitiría una especie de ruido—, forman ahora en tres sitios, a saber: en el borde de los labios, en la cavidad bucal, a la que la lengua sumamente ágil y movable da las más variadas conformaciones, y en el paladar, los consonantes, mientras que el origen de las vocales se basa, propiamente dicho, en la diferencia del colorido de los sonidos.

Helmholtz opina que las vocales obtienen su colorido característico de sonido, del mismo modo que los instrumentos de música, por el reforzamiento resonatorio de ciertos hipersonidos, contenidos en el sonido de laringe, y cuya agudez musical depende de la constante transformación de la embocadura y de la caja de resonancia, es decir, de la cavidad bucal, de la de la faringe, etc.

Esta opinión de Helmholtz se ha prestado a violentas discusiones, a las que no deseo referirme en este momento. Según Hermann, el carácter de la vocal depende de que con el sonido vocal producido en la laringe, se mezcla cierto sonido bucal o formante, definido por la conformación del tubo de embocadura, es decir, de la cavidad bucal.

Consideremos ahora algo más de cerca este instrumento magistral, en el que se concentra gran parte de nuestra actividad y de sus exteriorizaciones típicamente humanas. En primer lugar, observamos el rictus, es decir la abertura de los labios por la que respiramos; vemos en y detrás de la boca una cantidad de herramientas que corroboran en la acción de comer y beber. Mas, a nosotros, nos interesa por el momento otro fin menos material.

El pensamiento del hombre recién se transforma en realidad, al condensarse en sonidos y palabras y al brotar de los labios. Si, ahora, deseamos estudiar estos sonidos y su origen, deberemos buscar, por lo pronto, partiendo del fondo de la cavidad bucal, aquella abertura que el vulgo suele llamar el tragadero falso, o la garganta falsa. Por ella, el aire se introduce a la tráquea, la que se ramifica profusamente hacia los pulmones. Esta "garganta falsa" es, sin embargo, para nosotros, suponiendo que no queremos alimentarnos físicamente, sino entrar en comunicación espiritual con nuestros congéneres, precisamente la garganta verdadera y, al mismo tiempo, el órgano más importante y menos superfluo. Allí se encuentra la laringe con la hendidura vocal. Esta hendidura se cubre mecánicamente, al englutirse el alimento, con la epiglotis, la que se coloca sobre la abertura, como, digamos, un ensillado sobre el lomo de un caballo. Al expulsarse el aire reunido en la caja torácica con la ayuda de algunos músculos, a través de la hendidura vocal, se producen vibraciones de las dos cuerdas vocales, situadas a ambos lados de la hendidura vocal. Ya anteriormente he comparado estas dos membranas con la piel hendida de un pequeño tambor; pero en la abertura misma hay dispuestos algunos músculos, por medio de cuya tensión es posible obtener

un estrechamiento, a gusto, de la hendidura vocal, y en seguida un reensanchamiento suficientemente amplio, para que el aire pueda pasar sin hacer ruido. La úvula, cuyo efecto es el de un ventilador colocado entre garganta y nariz, en seguida las anfractuosidades o conductos nasales, y ante todo el paladar con el velo palatino, la cavidad bucal, la lengua, los dientes y los labios, actúan alternativamente o también en conjunto, en la modificación de la corriente de aire que escapa de la laringe, para transformar el simple ruido en un sonido articulado y para producir de esta manera las diferentes vocales y consonantes. Repito que al hablar o cantar, tocamos un instrumento maravilloso, comparable tal vez a una flauta con embocaduras variables. Seguir analizando este instrumento y considerar detenidamente cada parte componente de él, sería aventurarnos a terrenos que no nos corresponden: a la fisiología médica; lo que nosotros nos hemos propuesto efectuar hoy, no es esto. Nosotros queremos considerar la fisiología del lenguaje, es decir que deseamos analizar los sonidos articulados que lo componen, y esto sí, que es asunto nuestro... he aquí materia filológica.

El aparato esencial para la articulación del sonido de la voz está localizado en y junto a la cavidad bucal; aquí, los sonidos se forman; y el verdadero moldeador del sonido es la lengua. Sin su ayuda, algunos sonidos no pueden ser articulados, otros tan solo incompletamente. Verdaderamente admirable es la movilidad, seguridad y fineza que el ejercicio le confiere, facultándola para rapidísimos pasos de una posición y forma a otra. Admirable también es su resistencia, pues al hablarse durante un tiempo prolongado en alta voz, mucho antes que la lengua, se cansan los órganos de respiración y sus músculos, produciéndose por lo general ronquera.

Sonidos de laringe

Lo que más allá de la cavidad bucal y fuera del alcance de la lengua es producido en la garganta misma, no se registra en-

tre los sonidos puros; allí se originan los llamados sonidos de laringe. A ellos pertenece en primer lugar la “H” aspirada inglesa y alemana, para cuya producción, las cuerdas vocales, ampliamente abiertas, dejan pasar el aire silenciosamente, de modo que recién en las paredes de la faringe llega a producir ese ruido que fué denominado por los gramáticos griegos “Spíritus Asper”. Este ruido de soplo acompañaba a toda Y inicial. Al estrecharse algo la hendidura vocal, se produce el ronco “Hha” de los árabes, el “Haut” de los etíopes, ambos, por lo tanto, sonidos pertenecientes al tronco semítico. Si en estos ejemplos el sonido de soplo aparece en cierto sentido forzado, en cambio se presenta debilitado bajo la forma del “Spíritus Lenis” (’) de los griegos, del “h non aspiré” de los franceses. También el “Ain” de los árabes, así como las curiosas pronunciaciones guturales de la “R” en algunas partes de Alemania y Austria, deben ser citados aquí. A penas perceptibles, o tal vez completamente imperceptibles eran los signos de soplo : y ṣ en sánscrito.

El sonido verdadero

En la formación de todos estos sonidos incompletos la cavidad bucal todavía no ha tenido parte alguna. Recién los procesos localizados en ella, forman el sonido verdadero. En cuanto a la “A” pura y clara, de qué partiremos, el canal bucal queda abierto en toda su longitud; si hacia atrás se levanta la lengua con dirección al paladar, se produce la “I”; si, en cambio, la abertura de la boca es estrechada por un arqueamiento de los labios, se formará la “U”. Todo el sistema de las vocales se ha desarrollado de estos tres sonidos breves “a” “i” “u” en la lengua primitiva indo-germánica, de la que todavía hablaré. De la “a” breve se hizo la “a” larga, de la “i” breve resultó “ai” y “ái”, el que se desarrolló en i larga, ei y e larga. De la u resultó au y “áu”, y más tarde “iu”, “u” larga y “o” larga. Ya se ve que la biblia acertó aparentemente, al hablar del “a” y “o” de las cosas, porque

en efecto, “a” y “o” señalan el principio y el fin de la serie de las vocales, según el concepto griego. Sin embargo, si prestamos atención a la formación de los sonidos en nuestros órganos vocales, no podemos aprobar tal concepto. Partiendo cada vez de “a”, se dejan trazar, más bien, tres series de sonidos. En la primera serie, el simple sonido natural “a” es seguido por un “ao” poco claro, después por la vocal clara “o” y entonces por la “u” obscura, desde la que se pasa a la “w” inglesa y la “v”. Al pronunciar la “v”, los labios se aproximan ya bastante, más, todavía sin tensión de los músculos. Si se agrega ahora un soplo, entonces la “v” se transforma en “f”, de donde se pasa a la “Phi” (φ), y de allí a los sonidos de pronunciación a labios cerrados, cuyo primero es “p”. Este se ablanda en “b”, siguiendo el “Bha” sánscrito. Finalmente, si este sonido es pronunciado nasalmente, suena “m”. Esta “m” puede al final de una palabra, perder completamente su carácter, transformándose por fin en un ruido nasal sin colorido o en una vocal nasal. Así, por ejemplo, la “m”, que todavía encontramos en “mi” y “me”, en “mon” y “my”, como en “mein”, desempeñaba un gran papel para la designación de la primera persona del verbo en las lenguas indogermánicas; pero los griegos lo transformaron al final de las palabras, claramente en “n”, y los latinos seguían el régimen griego o lo suprimían por completo. La pronunciación francesa de la “m” final es conocida; y también en alemán se ha transformado más de una forma, originalmente basada en “m”, en “n”. Lo que es hoy “ich bin”, era antiguamente “ih pim”.

Hemos llegado, por lo tanto, partiendo de la “a”, y pasando por toda una serie de sonidos, por fin a un sonido indistinto, pronunciado nasalmente y transformado en “n” nasal, que encuentra su característica en el “Anunásika” sánscrito.

Debemos volver ahora a nuestra “a”. Por “a”, “e” larga y “e” sorda, como en “le” francés, llegamos a “i” breve e “i” larga. A estas vocales se agrega la “y”, en seguida la “j” gutu-

ral, la que en las diferentes naciones tiene diferentes coloridos. Si se toca con la raíz de la lengua el paladar blando, entonces suena en primer lugar el “Kha” sánscrito, y en seguida el “K” puro como sonido final duro. Que la pronunciación pura del “k” duro no es fácil, se puede observar en los ensayos, muchas veces por largo tiempo vanos, de los niños, de pronunciarlo; los ingleses escriben “kn” en multitud de palabras, pero no pronuncian la “k” ante la “n”. Los latinos también decían “natus”, “nomen”, etc., en vez de “gnatus”, “gnomen”, suprimiendo la “g”.

De la “k” se llega a la “g” y “gh”, y después sigue el sonido nasal que se deja oír por ejemplo en la palabra griega “diph-tongos”, en la primera “γ”. De modo que otra vez tenemos, partiendo de la “a”, una serie de 11 sonidos, la que termina análogamente a la primera, con un sonido nasal; también éste se encuentra en sánscrito, bajo la forma de “nga” o “na”. De igual manera para el sonido gutural “gh”, esta antiquísima lengua tiene su propia letra “gha”.

Todavía otra curiosa escala de sonidos queda por analizar. Al pronunciar de nuevo la “a” pura, se puede hacer oscilar en el fondo de la cavidad bucal el paladar blando, produciendo de este modo una especie de trino; así resultan las semi-vocales “l” y “r” gutural, las que se presentan en forma muy variada, según la extensión en la que los órganos vocales co-oscilan, en el momento de su producción, sin excluir los labios. Muy notable es que precisamente la pronunciación de la “l” y de la “r”, aún en los dialectos de un mismo idioma, no es la misma. En la “l” oscilan preferentemente las paredes laterales blandas de la lengua, la que se levanta. Tanto la “l” como la “r” gutural alemana y francesa pueden llamarse casi vocales, y por esto los incluyo dentro del triángulo que encierra las vocales. La “r” corriente entre nosotros, producida por la vibración de la punta de la lengua en contacto con el paladar, tendría su lugar en la serie, entre la “dha” sánscrita y la “n”.

A una comprensión acertada del sonido se debe que los antiguos gramáticos llamaran “líquidas” las consonantes “l, m, n, r”. Sin embargo, al prestar algo de atención, fácilmente notaremos que por una parte se congregan la “m” y “n”, y por otra la “l” y “r”, a la que se agrega la “s”. La “m” que casi es una vocal nasal, la colocamos detrás del “bha” sánscrito, mientras que la “n” se agrega a la “g” nasal y, en pronunciación algo variada, aún al “dha” sánscrito. El paso de la “a” pura a la “l” es sumamente fácil. Basta, para demostrar la verdad de mi aseveración, que se pronuncie la palabra inglesa “all”, dejándose que desaparezca la “a”; de todos modos, con la “l” se inicia una nueva serie de sonidos, en la que se siguen sucesivamente la “r” gutural, y la “s” suave. La “s” fuerte de pronunciación castellana, como en “sabio”, se correlaciona con la “s” suave italiana o alemana, como la “j” con la “y”, o la “f” con la “v”.

Conviene también observar los diferentes movimientos que hace la lengua, al pasar de la “s” suave al “th” inglés, después a la “t”, “th” (como en el nombre alemán “Gothhold”), al “d” y “dha” sánscrito. Esta observación es fácil. Por ella comprenderemos la razón de que en el alfabeto sánscrito, los sonidos dentales “da”, “dha”, y “na”, así como los sonidos de cabeza “da” y “dha”, pueden ser seguidos por “nga”. Estos sonidos forman grupo, como también lo hacen los sonidos labiales “ba” y “ma”.

En el presente triángulo fonético, se comprende, no están anotados, sino los sonidos más importantes y precisos. El número de los sonidos es demasiado grande, para que se dejen caracterizar con las letras de un solo alfabeto. También comprenderán ustedes que hay márgen para inscribir en nuestro triángulo un sinnúmero de sonidos intermedios. Mas, nosotros debemos concretarnos a fijar ciertos sonidos típicos, los que han de formar las gradas firmes de la larga escala fónica, como la escala de las notas en la infinita serie de los tonos musicales.

Nosotros hacemos seguir la “b” a la “p”, la “d” a la “t”,

la “g” a la “k”; pero entre estos sonidos típicos existen ciertos sonidos consonantes borrados. Hay regiones, donde ni la “g”, ni la “k”, ni la “d”, ni la “t”, ni la “b” ni la “p” se pronuncian claramente; una de esas regiones, por ejemplo, es la Sajonia. Estando yo, no hace mucho todavía, como profesor de Etimología y Literatura alemanas en uno de los grandes Colegios Nacionales del sur de Chile, donde abunda la población alemana y existen excelentes colegios alemanes, los que ceden, por lo general a sus educandos durante los últimos dos años a los establecimientos nacionales, me pasó que en el sexto año de bachillerato tuve entre veinticuatro alumnos, a veinte germano-chilenos, anteriormente educados por maestros y profesores sajones en el “Colegio Alemán” de la localidad. Pues, me fué imposible obtener de dichos alumnos una clara pronunciación de las referidas consonantes, y muy a menudo, tratándose de un trabajo por escrito, se me preguntaba, si tal o cual palabra se escribía con una “b” suave o dura, o con una “d” suave o dura (¡ ¡ !). Al mismo terreno pertenece la pronunciación castellana de la “b” y de la “v”, que no es ni una, ni otra cosa, sino algo borrado, intermediario, netamente labial, y que ha creado la tan drástica, como popular distinción para la escritura, de “v” de vaca y “b” de burro.

Como curiosidades conviene mencionar en este lugar también los “clicks” de las lenguas africanas, que casi son inimitables para nosotros; y sonidos tales, como los contenidos en las palabras aimaráes “t. anta”, “k. anka”, “ch. allapata”, etc.

El lenguaje

Ya acabamos de considerar más o menos detenidamente ese notable instrumento que tocamos al hablar; también los principales sonidos articulados hemos llegado a conocer, digamos, como notas características emitidas por el instrumento. Ahora demos un paso adelante y reflexionemos acerca del triple uso que damos a la escala de sonidos; recordemos la infinita multiplicidad

de sonidos que desde tiempos primitivos ha brotado de boca humana; y pensando en ello, resumimos nuestro propio pensamiento en palabras, es decir que utilizamos ese medio maravilloso, merced al cual pensamos en viva voz, dando simultáneamente al sonido físico un sentido espiritual: hablamos.

Si ahora queremos ocuparnos del lenguaje, debemos partir, no de la palabra ya formada, sino del lenguaje de los gestos.

El lenguaje de los gestos

El espíritu humano ha recurrido a más de un medio, para comunicarse con sus semejantes: Se habla de la comunicación entre los hombres por medio de gestos, gritos, palabras, dibujos, caracteres o letras.

Para comprender como cada cual de estas especies de signos cumple con su cometido, consideraremos en primer lugar su forma más sencilla y natural.

Cuando por cualquier motivo las personas no pueden comunicarse por medio de palabras, se valen de señas o gestos para entenderse... ellos echan mano de la manifestación muda o pantomima. Busquemos un ejemplo sencillo: Un muchacho abre la puerta de una sala; su hermano, allí sentado, le hace señas para que se esté quieto, porque su padre está durmiendo; el muchacho entonces le indica por señas que ha ido por la llave del escritorio, a lo que su hermano le contesta por otros signos que la llave está en el abrigo, colgado en la percha de la antesala, terminando con gesto expresivo de que se vaya y cierre la puerta sin hacer ruido. Este es el lenguaje de los gestos, como nosotros lo conocemos de ordinario. Pero para ver el desarrollo de que son susceptibles estos exactos medios de comunicación, debemos observarlos en el uso que de ellos hacen los sordomudos, para quienes tiene especial importancia.

Quien desee conocer a fondo los principios del lenguaje, hallará una conversación entre sordomudos por señas tan instructi-

va, que creo conveniente explicar su funcionamiento más íntimamente. Se usan dos clases de signos. Por la primera se muestran las cosas que están presentes. Así, si un sordomudo necesita decir “mano” o “zapato”, señala a su mano o a su zapato. Donde un hombre dotado de palabra dice “yo, tú, él”, el sordomudo apunta a sí mismo o a otras personas. Para expresar el color rojo o el azul, señala hacia el interior de sus labios o al cielo. En la segunda clase de signos, las ideas se transmiten por imitación; por ejemplo, hacer como que se bebe, significa agua, beber o tener sed; reclinar la mejilla sobre las manos, expresa el sueño o la hora de acostarse; una significativa sacudida de mano a estilo de látigazo, sugiere la idea de látigo, cochero o guiar un coche, según los casos. También en el lenguaje de acción pueden imitarse los síntomas de los estados corporales de cada individuo, los cuales llegan a convertirse en signos del estado general de los demás. Así, el acto de tiritar se convierte en un signo expresivo del frío; las sonrisas manifiestan alegría, aprobación, bondad, mientras que el fruncimiento de las cejas demuestra odio, reprobación, malevolencia. Pudiera suponerse que el tener un sólo signo diferentes significados, daría margen a confusiones; mas, hay un medio para evitar éstas; pues, cuando uno solo no basta para explicar con entera claridad una cosa, otros signos vienen en su auxilio, para completarlo. Así, pues, si se necesita expresar “una pluma”, no basta con que se haga, como si se escribe con una, porque esto podría significar también “escritura o carta”; pero si se ejecuta la acción de limpiarla y ponerla en el mango, resultará patente que es la misma pluma que se significa.

Vemos de lo anteriormente dicho, que el lenguaje de acción consta principalmente de signos naturales o expresivos.

Después de estudiar el lenguaje de acción entre los sordomudos, conviene también mencionar el uso que de él hacen las personas que, sabiendo hablar, no conocen otro idioma que el suyo propio. Así, el célebre lenguaje de signos de las praderas norteamericanas, en que conversaban los cazadores blancos con los

indígenas, y aun los indios de las diferentes tribus, son solo dialectos, se puede decir, del lenguaje de acción.

Debe observarse que este lenguaje de acción no corresponde absolutamente, signo por palabra, con nuestro lenguaje hablado y una causa de este hecho es su escaso poder, para expresar las ideas abstractas. Los sordomudos pueden expresar las maneras de hacer muchas cosas, como “levantar una pared” o “cortar un vestido”, pero casi les es imposible hacer un signo que incluya lo común a todos estos, como nosotros empleamos el término abstracto “hacer”. Aún, para expresar los vocablos “en” y “fuera”, tienen que apelar al tosco recurso de hacer que sacan de alguna parte, o que introducen en ella, el objeto del que hablan. Comparemos ahora una cláusula cualquiera con los signos mediante los que los sordomudos expresan el mismo significado, y veremos como muchas palabras de las que empleamos, carecen por completo de signos que puedan expresar su sentido. Así, cuando decimos: “El sombrero que dejé sobre la mesa, es negro”, esta oración puede traducirse en gestos, y habrá signos para expresar lo que llamamos “palabras de cosas efectivas”, como sombrero, mesa, negro; pero para lo que denominamos “vocablos gramaticales”, “el, que, es”, no hay signos, porque el lenguaje de acción no tiene ninguno que los exprese.

Lo dicho respecto al lenguaje de los gestos habrá dado a comprender lo fácil y razonable de los medios con que los hombres pueden expresar sus pensamientos en signos visibles. El paso siguiente será mostrar la acción de otra clase de signos, con especialidad los sonidos de la voz humana en el lenguaje hablado. Estos sonidos han llegado a significar nuestros sentimientos e ideas, obedeciendo a los mismos principios, en cuya virtud los gestos tienen poder significativo, y sin otra diferencia de éstos que el no referirse a la vista, y sí al oído.

Los “tonos”

Un género de sonidos empleados como signos son los gritos emocionales o tonos. Los hombres tanto muestran su dolor, lanzando gemidos, como por las contorsiones de su cara. La alegría se traduce tanto por exclamaciones, como por saltos. Cuando nos reímos fuertemente, la voz y las facciones se corresponden. Estos sonidos son gestos hechos con voz: gestos fónicos, y la mayor parte de las interjecciones pertenece a esta especie. Por medio de tales gritos pueden manifestarse con maravillosa exactitud los complicados afectos de simpatía, piedad, enfado. Haga cualquiera la prueba de reírse, sonreírse o poner la cara fosca, y hablar luego, y verá como el tono de su voz concuerda con aquellas actitudes; la de las facciones correspondientes a cada estado de ánimo, ejerce una influencia directa sobre la voz, afectando particularmente a la cualidad musical de las vocales.

El sonido imitativo

La siguiente clase de sonidos expresados como signos expresivos, son imitativos. Como un niño sordomudo expresa la idea de un gato, remedando su modo de lavarse la cara, así un niño que habla, la indica imitando su maullido, diciendo “miau”. Si dos muchachos quieren manifestar que están pensando en una campana, el mudo mostrará con su mano el volteo de ella, y el que habla, dirá “tintín o tintán”.

Ahora, tales imitaciones llegan a tomar carta de naturaleza en el lenguaje, como cuando los chinos (y nosotros con ellos) hablan del “gong”, los ingleses del “cow” de un pichón, y nosotros, hispanos, franceses, ingleses o alemanes, del “Kikeriki, kokorokó, o cockadoodledo” del gallo. Apenas hay necesidad de decir que estos medios de expresión son entendidos por todo el género humano.

El lenguaje natural

Pasamos ahora a la unión del lenguaje de acción y el fónico, y tenemos lo que pudiera llamarse un lenguaje natural. Este existe realmente, y aún tiene algún valor en la práctica, como cuando un explorador lo emplea como recurso, para entenderse con una tribu del Alto Amazonas, a cuyo fin le basta poner en juego su más expresiva mímica y acompañarla con ruidos y exclamaciones, lo cual constituye un lenguaje mucho más completo que la mera pantomima. Semejante lenguaje, común a todos los hombres, se deriva tan directamente de la inteligencia humana, que debe ser patrimonio de todas las razas, desde las edades más remotas y desde sus más primitivas condiciones.

El lenguaje de los animales

Aquí surge una cuestión interesantísima, sobre la cual cualquiera puede efectuar sus experimentos. ¿Dónde está la diferencia entre esta lengua natural y la comunicación establecida por los animales entre sí, por medio de acciones y sonidos emitidos? Quién alguna vez se ha fijado en los cuadrúpedos y en los pájaros, habrá notado que muchos de sus movimientos y gritos no son ejecutados en el sentido de mensajes de uno a otro, sino sencillamente como simples síntomas de su estado anímico; por ejemplo, el retozar de los corderos en la pradera, o el piafar de los caballos de raza en sus cuadras, se encuadran perfectamente en la explicación que acabo de dar. Los animales hacen esto, aún cuando nadie esté presente, lo mismo que un hombre, solo en su pieza, expresa su rabia, cerrando los puños, o exterioriza otros estados de ánimo, riéndose a carcajadas, o llorando.

Cuando los gestos y los gritos sirven de señas a otros seres, se acercan más a los signos reales. Los animales inferiores, lo mismo que el hombre, hacen gestos y lanzan gritos que les sirven de

comunicación, de lo que tenemos bastantes ejemplos en los animales domésticos, de modo que creo que sobra todo ejemplo explicativo.

De todos modos, resulta patente que los mamíferos y las aves llegan, en su lenguaje natural, a hacerse entender por gritos y gestos. Pero la inteligencia del perro no parece pasar más allá de estos límites, o sea: que la imitación de un maullido, p. ej., indica la proximidad de un gato; un niño, en cambio, puede comprender que el "miau" que le dice la niñera, no se refiere a un gato que necesariamente esté cerca, o con otras palabras: un niño, desde sus primeros años, entiende que un sonido o gesto puede emplearse como *signo* de un pensamiento o de una idea, lo que parece no caber en la inteligencia del perro, del mono o del elefante, es decir, de los animales más listos.

Así, aunque los animales comparten, en efecto, con el hombre los principios del lenguaje natural, apenas van más allá de sus bases, mientras que la inteligencia humana se eleva a más altos estados.

ETIMOLOGIA

CONFERENCIA DEL 22 DE OCTUBRE DE 1921

Al hablar del lenguaje natural, únicamente me refería a él, mientras era empleado por los que no podían servirse de otro más perfecto. Ahora, nos corresponde además, considerarlo en los rudimentos que de él quedan en el lenguaje ordinario. Nadie, de cualquiera nacionalidad que sea, español, inglés, alemán, chino, choctaw de Norte América, o araucano del extremo sud de Chile, se libra de usar los gestos expresivos, las imitaciones e interjecciones, características del lenguaje natural. La madre y el ama se valen de ellos, para enseñar al nene a hablar. Me parece inoficioso detenerme en la consideración de la conversación infantil: porque, a no ser que uno hubiera ya antes fijado su atención en ella, no creo que nos servirá mucho para nuestra revista filoló-

gica. En cuanto a los adultos, los sonidos naturales y gestos expresivos existen realmente en su conversación, aunque, por su puesto, son más escasos que en el lenguaje infantil.

Los gestos

En lo que se refiere a los gestos que por doquiera se usan constantemente, estos deben haberse transmitido de una generación a la otra, desde las épocas más remotas de la existencia de la humanidad.

Los sonidos emocionales

Respecto a los sonidos emocionales, muchísimos están en uso en todos los idiomas. Veamos algunos de ellos:

En español se oye las exclamaciones: ¡Ah! ¡Oh! ¡Ay! ¡Ya! ¡St!

En Sánscrito son interjecciones: ¡Aho! (de sorpresa); ¡ähá! (de reproche), ¡um! (de vejación).

En galo se expresa el pesar por el sonido emocional “¡wa-yo!”, y el ruego, por “¡mê!”

El malayo tiene para el triunfo el grito de “¡eh!”, para la compasión el de “¡weh!”, y para la aversión, “¡chih!”.

Las palabras imitativas

Respecto a esta especie de palabras, están contenidas en todas las lenguas, sean ahora clásicas o contemporáneas, sean exponentes de civilización o de barbarie. Si buscamos nuestros ejemplos entre los nombres de los animales, es una tarea infantil el reconocimiento de la imitación.

Los antiguos egipcios llamaban al burro eo
 en sánscrito, cuervo significa kâka
 los chinos denominan al gato mau
 Los persas escogieron para el ruiseñor el armonio-

so nombre de bulbul o bül-bül
 la serpiente cascabel es denominada por los ingle-
 ses rattlesnake
 y por los indios algonquines del norte . . shi-shi-gwa

También a los instrumentos de música se puede someter a un exámen. Se verá que el tambor, en sánscrito, es dundu; que la flauta es en galó ulule; el pito, en malayo, pitpit o pipit; el cuerno de guerra en aimará y quichua, pututu, mientras que los indios quichés denominan la cervatana, es decir, el tubo, por el que lanzan sus flechas a fuerza del impulso de sus pulmones, pub.

También acciones han encontrado denominaciones basadas en la imitación. Así, por ejemplo, los tecunas del Brasil tienen el verbo "haischú", lo que significa... estornudar; el equivalente galés es "tis". Tampoco es difícil hallar oraciones completas, compuestas de palabras imitativas. Los galas, pobladores de la Abisinia, por ejemplo, si desean decir: "el herrero mueve los fuelles", se expresan del siguiente modo: "Tumtún bufa bufti". Un autor inglés utiliza este clásico ejemplo de construcción a base de puras palabras imitativas, para compararlo con el lenguaje infantil de su propio idioma, diciendo que un niño inglés se expresaría: "the tumtum puffs the puffer". Puesto, ahora, que aquí se trata de sonidos procedentes directamente de la naturaleza, se comprenderá la posibilidad de una coincidencia de voces en dos lenguas completamente distintas. Por ejemplo, nadie creará en parentesco alguno entre el rubio hijo de Albion y el negro ibo del Africa occidental; y sin embargo el vocablo "gallo" tiene equivalentes idénticos en el lenguaje de ambos pueblos; el inglés lo llama "cock", y el ibo dice "okoko". El verbo inglés "to pat" (lo que significa dar golpecitos con el palmo de la mano) tiene su semejante en la lengua japonesa, donde es "pata-pata"; "to bang" significa en inglés, dar de puñetazos; los yorubas africanos tienen el verbo idéntico "gbang", el que tiene absolutamente el mismo significado.

Voces metafóricas

A veces requiere no poca experiencia y penetración el estudio de las voces metafóricas. Los chinuk del noroeste del continente americano, por ejemplo, denominan “heehee” a una fonda.

Estoy seguro de que no se encontrará relación alguna entre una taberna y su denominación chinuk de “heehee”; “heehee” es una imitación de la risa; pero si digo que los chinuk señalan con esta palabra imitativa, no solamente la risa, sino también la causa que produce este efecto, entonces será talvez más comprensible que la taberna, expendedora de estimulantes, y por lo tanto provocadora de alegre risotada, sea denominada por los curiosos indígenas: “heehee”.

Otro ejemplo de voz metafórica: ¿Será posible hallar en algún idioma una voz imitativa que represente fielmente el significado de “cortésano”? No parece fácil, y sin embargo existe. Son los basutos del extremo austral de Africa, los que han logrado hallar la imitación metafórica. Partiendo de la comparación del cortésano, al que consideran como a un parásito molesto que zumba alrededor del oído de los potentados, con una mosca que zumba alrededor de la carne, lo denomina, a igual que la mosca, con el sonido imitativo “ntsi-ntsi”.

Por último un ejemplo procedente de lenguas exponentes de una alta cultura; Los vocablos alemán de “Pfeife” e inglés de “pipe”, que significan hoy día, muy ambiguamente: “pito” y “pipa para fumar”, son, ambas, palabras imitativas, pues provienen del bajo latín “pipa”, y tienen sus parientes en todos los demás idiomas indo-germánicos. “Pipa”, empero, era entre los antiguos latinos un instrumento de caña que producía sonidos, a raíz de cuya imitación se originó la denominación. Hoy día, ¡a cuántas acepciones se ha llegado a aplicar la denominación del instrumento clásico de música, denominado pipa! Pensemos en la “pipa de vino”, en la “pipa de fumar” y muy al último, en el

“pito”, el que en otros idiomas ha conservado su antigua denominación de “pipa”.

No será difícil comprender, por lo tanto, que muchas voces de nuestro tesoro lingüístico deben tener su origen en sonidos reales, habiendo evolucionado en cuanto a su sentido, de manera que ya no es posible indagar por su procedencia.

El simbolismo del sonido

Todavía nuestra rápida revista de los medios racionales, por los que el sonido ha adquirido significado, no ha tocado a su fin, pues no debemos hacer caso omiso de la alteración de pronunciación, como auxiliar de la alteración del sentido. En el idioma wolof del Africa occidental, “dagana” significa preguntar con humildad, y “dâgana” preguntar imperiosamente. En mpongwe, “mi tónða” significa “yo amo”; “mi tondá”, en cambio, “no amo”. Este recurso de citar diferencias de sonido para la indicación de diferencias del sentido, puede llevarse muy lejos. Guyton de Morveau se valió, por ejemplo de un simbolismo puro y típico en su nomenclatura química. A base de la voz latina “sulphuratus” produjo “sulfato”, y después “sulfito”. El sabio químico aplicó, pues, y talvez sin saberlo, un procedimiento muy rudimentario. En manchú, por ejemplo, el contraste del sonido sirve para señalar los distintos sexos; “chacha” significa macho, y “cheche” hembra; “ama” y “eme” son “padre” y “madre”. La alteración de las vocales sirve a veces también para la diferenciación de la distancia, como en lengua malgache, donde se dice “ao”= “allá lejos”; “eo”=“allá”; “io”=“aquí mismo”.

La reduplicación

Otro de los procedimientos conocidos es la reduplicación, aplicada para muchos fines. Intensidad de la acción expresa, por ejemplo, la reduplicación en lengua polinesia. “Loa” es largo;

“lololoa” es sumamente largo; “aka” significa reir, y “akaaka”, reir a carcajadas. Los bombones, la delicia de nuestras nenas y del mundo femenino, pertenecen a esta serie de palabras; el original francés, “bon-bon”, no es otra cosa que una reduplicación que significa muy bueno.

Los malayos aplican la reduplicación para la formación del plural. “Orang” es hombre. “Orang-orang” es hombres. Del mismo modo procede el japonés, al hacer de “fito”=hombre, “fito-bito”=hombres. Como medio de señalamiento de los tiempos en la conjugación de los verbos, sirvan los ejemplos “dídomi” en griego, y “momordi” en latín.

Tales recursos, tan fáciles de comprender, como al mismo tiempo ingeniosos, prueban con cuánta facilidad el hombre franquea los límites de la simple imitación. El sublime arte de la producción y selección de los signos depende en gran parte de uno de sus factores principales: del lenguaje; y su cometido es el de encontrar sonidos aplicables como símbolos a cada pensamiento. Lo que acabo de manifestar, no quiere decir, sin embargo, que cada idioma tenga que elegir un mismo sonido. Si de este modo un signo fué elegido, no faltará una razón justificadora de la elección, como podemos ver de las palabras que pertenecen al lenguaje infantil, al que pertenecen los vocablos conocidos de bebé y baby.

El lenguaje infantil

Este lenguaje se compone por doquiera de las primeras palabras sencillas que transpan los labios del infante; expresiones, casi siempre, de la idea de padre, madre, nodriza, juguete, sueño, etc. Para nosotros, por ejemplo, el significado de papá y mamá es bien conocido y circunscrito; pero los mapuches dicen papá, llamando a la madre; los georgianos mamá, para señalar al padre, y dada puede significar en distintos idiomas: padre, primo, ama; tata: padre, hijo y adiós. He aquí palabras infantiles, in-

introducidos en el lenguaje de los adultos y convertidos, a veces, con una ligera modificación, en voces corrientes. Los títulos eclesiásticos, por ejemplo, de Papa y Abad o abate se originan, sin duda alguna, en el lenguaje infantil, lo que vemos, retrocediendo al término latin “papa” y si lo comparamos con el sirio “abba”; los dos significan “padre”.

Hasta dónde llegan las investigaciones etimológicas

Todas estas palabras, permítaseme decirlo así, procedentes de la primera infancia, han franqueado los límites del lenguaje natural del gesto y del sonido expresivo en sí; pero de estos ejemplos sencillos y claros tendremos que pasar a los principios ya menos transparentes y más intrincados de lenguaje articulado. Si analizamos el castellano o cualquier otro idioma de los múltiples que se hablan, notaremos desde luego que la gran mayoría de las palabras componentes de la lengua carece de la conexión entre sonido y significado, la que es característica en las palabras naturales o expresivas en sí mismas.

Voy a concretar esta mi afirmación: El niño que denomina el reloj de bolsillo “tic tac”, hace uso de una palabra típicamente expresiva. Mas, cuando llegue a usar el vocablo corriente, digamos, en inglés, “watch”, de doble significado: “reloj” y “velar”, ya no es reconocible la razón del empleo de la palabra. Habría podido aplicar la palabra castellana “reloj”, o la francesa “montre”, pero precisamente la voz inglesa me sirve mejor que todas, para hacer la demostración. Cosa conocida es que el pequeño aparato cronométrico obtuvo su denominación inglesa de “watch”, porque decía la hora, tal como lo hacía el sereno o “watchman”, el que hora por hora vociferaba por las calles, en sus recorridos de vigilancia. Ahora, “watch” significa vigilar, y proviene de la voz anglosajona “woeccan”, y esta de “wacan”, mover, y de “wake”, velar, despertar..., y aquí se detiene la explicación, pues la filología, hasta ahora, ha sido impotente, para dar

la razón de por qué la sílaba “wac” significa precisamente, lo que acabo de explicar. Otro ejemplo: Supongamos que el mismo niño inglés vea una locomotora; la señalará, a igual con un niño de cualquiera otra nacionalidad, muy expresivamente de por sí, “puf-puf”. La gente adulta en Inglaterra denomina la misma máquina, “engine”, lo que proviene del latín, “ingenium”, y significa algo ingénito, es decir, algún producto del ingenio, una idea o invención o, con otras palabras, una máquina. Si analizamos ahora la voz latina, hallamos para los componentes “in” y “gen” los valores de “en” y “nacimiento”, y más allá no nos es dado averiguar, porque ningún etimólogo es capaz de indicar la causa, por la que los referidos significados han adquirido los mencionados sonidos. Este es el caso de las nueve décimas partes del vocabulario de las lenguas; no existe razón alguna, porque, por ejemplo, el verbo “ir”, no haya significado en un principio “venir”.

No faltan filólogos que defienden la teoría de que los sonidos emocionales e imitativos de los que acabamos de hablar, constituyen la verdadera fuente del lenguaje. Añaden que si no se puede hallar ya en la mayor parte de las palabras tal origen, es porque lo han perdido en los monumentales cambios, a los que han sido sometidas en el transcurso de los siglos, de modo que han quedado reducidas a simples símbolos, cuyo sentido es preciso grabar artificialmente en la memoria.

Esta afirmación es cierta, mas no sería científico aceptarla como explicación completa del origen del lenguaje, pues al lado de estos medios emocionales e imitativos hemos observado varios otros recursos de uso entre los hombres, para expresar sus pensamientos, mediante sonidos apropiados; y con todo, hago abstracción de un sinnúmero de factores todavía desconocidos, que talvez hayan contribuido a dicho fin. Lo único que se puede afirmar como positivo, tomándo en cuenta nuestros conocimientos actuales en cuanto a los métodos que aplica el hombre, para escoger signos adecuados para la exteriorización de sus pensamientos, es

la probabilidad de que nunca haya faltado una poderosa razón, para que un sonido definido alcanzara a representar cierta idea especial. Es este el concepto más razonable del célebre problema del origen del lenguaje.

Por poco que se sepa de los medios utilizados por el hombre, para transformar sonidos apropiados en palabras nuevas, este conocimiento es de gran valor para el estudio de la naturaleza humana, porque, hállese donde quiera el verdadero origen del lenguaje, prueba que no hay motivo para suponer que se halle radicado en facultades intelectuales perdidas, o en cualidades especiales desaparecidas, sino inherentes de un estado mental aún en ejercicio y no superior al nivel de los niños y de los salvajes. El origen del lenguaje no ha sido ningún acontecimiento repentino que ocurriera de una vez, cesando a continuación de repente. Muy al contrario, el hombre sigue en posesión de la facultad de hacer palabras nuevas y originales, por medio de la selección de sonidos adecuados. Ya sabemos que tan solo muy rara vez hace uso de esta facultad, en vista de que ya dispone de un caudal lo suficientemente grande de palabras, siempre dispuesto a proporcionarle una expresión para casi todos los pensamientos nuevos que cruzan por su mente.

Lenguaje articulado

Si conneccionamos los sonidos entre sí, de modo que formen una cláusula, hablamos del lenguaje articulado, en contraste con el inarticulado o de sonidos sin enlace, propio de los animales. La conversación por medio de exclamaciones y de gestos forma un término medio entre las comunicaciones de los animales y el lenguaje perfecto del hombre. Todos los pueblos, y hasta las tribus más salvajes, tienen su lenguaje articulado, basamentado en un sistema perfecto de sonidos y significados, que es aplicado por el que habla, como una especie de diccionario o guía del contenido del ambiente en que vive, diccionario que encierra todos los asuntos que conoce, facultándolo a exteriorizar sus pensamientos acer-

ca de ellos. Que el aparato de una lengua puede ser complicado e ingenioso, lo comprueban las gramáticas griega y latina, y entre las lenguas modernas, la gramática alemana. De un exámen de estos idiomas, escabrosos por las dificultades que ofrecen, resulta que proceden de lenguajes más sencillos y primitivos. No es mi intención efectuar aquí un análisis sistemático de la estructura de las lenguas; mas, sí, es indispensable hablar del cómo muchos de los procedimientos de formación de las lenguas subsisten hasta hoy, y del cómo la gramática no es meramente un conjunto de reglas arbitrarias compuestas por los eruditos, sino el producto de los empeños humanos para la adquisición de una expresión más concreta, más completa y más fluida.

Habrá llamado la atención el hecho de que busco la mayoría de mis ejemplos en la lengua inglesa, siendo que profeso la Cátedra de Alemán y desempeño las Conferencias Teórico-Filológicas en castellano. La razón está en que la lengua inglesa es acaso la mejor de todas las existentes, para explicar el desarrollo del lenguaje en general; porque no solamente sus vocablos pueden, en la gran mayoría de los casos, referirse a la antigüedad más remota, sino que su estructura ha sufrido también cambios extremos, hasta llegar a los tiempos modernos, de modo que en su estado actual, sigue su desenvolvimiento, sin deshacerse de los vestigios de su antigua formación. Por lo tanto, este idioma tiene que enseñarnos mucho.

Con la sucesión de los siglos incrementa el tesoro del saber humano, influyendo sobre lo que nos complacemos en llamar la civilización; y paralelamente con ellos, se desarrolla, por supuesto, también el lenguaje. En su vida primitiva, pocas expresiones rudimentarias facultaban al hombre a comunicarse; mas, en el transcurso de los tiempos ha habido necesidad de agregar vocablos, intérpretes de nuevos conceptos y de los nuevos seres, artes, oficios, profesiones y relaciones de un conjunto social, ascendido a mayor altura. Es la etimología, la que enseña el modo de la formación de las nuevas palabras, a base de alteracio-

nes y combinaciones de las voces antiguas. Demuestra, como los vocablos arcaicos son transportados desde el antiguo estado de cosas al nuevo, con el fin de que cumplan su misión; como sus significados son cambiados y adaptados, en su forma nueva, a alguna semejanza con otro pensamiento antiguo, adecuado para darle el nombre. Todo esto se estudia con preferencia en la lengua inglesa, la que está desbordante de vestigios de tales procedimientos.

Dos breves ejemplos: “In a barrack (esto es una choza), a regiment (esto significa un gobierno o mando) of soldiers (hombres a sueldo) of infantry (infantes o muchachos que combaten a pié); each company (aquellos que comen su pan juntos) has a captain (uno que hace de cabeza) and several lieutenants (los que tienen su lugar o puesto). In front of the barrack there is a clock (mecanismo que conserva su antiguo nombre con la significación de campana—“clock”, en bajo alemán antiguo, sobre la cual el “watchman” o sereno antiguo solía dar las horas; en tiempos posteriores se agregaron “the weights”, es decir dos trozos de metal que tomaban su nombre de las pesas de la balanza, “the pendula”, y lo que metafóricamente llaman los ingleses “face” y “hands”, es decir; cara y manecillas, las que indican sobre “a scale”, lo que significa escalera, “the hours” o tiempos, divididos en “minuts” o pequeños, y estos en “seconds” o siguientes.

Con intención he escogido este ejemplo, que por cierto no pertenece a las profundidades de la etimología, para mostrar el camino corriente que sigue el lenguaje, para proporcionar a la sociedad progresista nuevos términos.

Para facilitar la comprensión del modo con que las palabras han llegado a interpretar los pensamientos más complejos, conviene recordar el contraste entre el lenguaje de gestos y el castellano o inglés hablado. Mas, mientras que los gestos del mudo nos inducen a pensar en las cosas que imita, la palabra puede cam-

biar su sentido; puede acompañar al pensamiento, por más que caminara.

Es interesante estudiar las palabras bajo este punto de vista, para indagar cómo, partiendo de pensamientos absolutamente sencillos, se llega a los más complejos e intrincados del abogado, del matemático y del filósofo. Las palabras se han transformado realmente en “contadoras de nociones”, según dice Lord Bacon.

Las palabras como “contadoras de nociones”

Por medio de la palabra estamos facultados a tratar de las ideas abstractas que hemos adquirido; podemos comparar un número de pensamientos y averiguar lo que tenían de común. Usamos a diario de una manera fácil y correcta, palabras tales, como “suerte, género, cosa, causa, elaborar, ser, hacer, padecer”, etc. Si alguna vez tratamos de explicarnos el significado actual de estas palabras, es decir, el sentido que hoy arrastran dondequiera que se usan, aprenderemos nuestra mejor lección de lingüística y de filosofía. El individuo, poseedor únicamente de su idioma, encuentra en estas palabras meros contadores, o valores elegidos a la ventura, para expresar pensamientos. La práctica le ha enseñado el modo de aplicación, y raras veces ocurre que se da cuenta de su naturaleza eminentemente abstracta.

Conviene decirlo de una vez: Tampoco la filología se ve capaz de hacer historia completa de la totalidad de ellas, mas se sabe lo suficiente, para comprender que provienen de palabras menos difíciles de entender.

El verbo “hacer”, por ejemplo, significa en la lengua africana bornu “tando”, y proviene de la acepción de “tejer”; nuestro “hacer” castellano, en forma arcaica “facier”, puede haber significado en época más o menos remota “unir o ajustar”. La palabra inglesa “sort”, la francesa de igual escritura y el castellano “suerte”, proceden del latín “sors”, y han pasado en los diferentes idiomas por una serie de significados, como “asigna-

cion”, “oráculo”, “hado”, “condición”, “cambio”, “porción”; la palabra inglesa “kind”, la que se traducirá por “género” o “especie”, significó “parentesco” o “descendencia de uno”. A la alta metafísica pertenece el hablar de: “la aprehensión de las ideas”; pero estas palabras que ahora son abstrusas, concordaban antes con el sentido de: “atrapar con la vista”.

La etimología brinda, entre otras cosas, el conocimiento de cómo fué inventado por los hombres el arte de hacer las palabras, como traductores claros y sencillos del pensamiento, y como términos para los pensamientos más complejos y abstractos. He aquí la senda seguida por el genio humano, desde la ignorancia hasta el conocimiento.

Las palabras gramaticales en conexión con las reales

El uso de las palabras gramaticales es un artificio del lenguaje, que tiene por objeto la unión de las palabras reales, mostrando simultáneamente la relación que éstas conservan entre sí. No quiero repetirme, y por esto no insisto largamente en el lenguaje de gestos de los sordomudos, que carece de signos para las palabras gramaticales, siéndole sin embargo muy posible, correlacionar los diferentes objetos y acciones indicados, por medio de su habilidad imitativa. Aunque el sordo-mudo no pueda señalar el género del sustantivo “banco”, puede indicar el número “uno”, manteniendo un dedo levantado. No puede decir “el” caballo; pero puede hacer seña con el dedo, que signifique “este” caballo. En vez de la construcción genitiva “del” caballo, puede simular el desensillado “del” caballo.

Ahora bien, la etimología del inglés enseña con gran frecuencia que sus voces gramaticales se originaron de este modo de las palabras reales. El artículo “a” o “an”, fué originalmente el número “one”, en escocés “ane”. “The” pertenece a la misma familia de palabras que “this”, “that” y “there”. “Of” (de) proviene de la misma fuente que “off” (fuera). El verbo “to

have”, así como en español “haber” y en alemán “haben”, ha llegado a ser un simple auxiliar, como, por ejemplo, en “we have worked”; sin embargo, “to have” aún conserva su antigua acepción de “agarrar o asir”, cuando él que detiene a otro, exclama: “I have him!”

También los pronombres se derivan de palabras reales. En groenlandés, por ejemplo, “aquí” significa “uv”, “allí” es “iv”. Pues, “yo” significa en aquella lengua “uvanga” y “tú” significa “ivdlit”. Los malayos se sirven de otro recurso: “yo” significa en malayo “ánba”, lo que al mismo tiempo es “esclavo”; “tú” significa “tuwan”, o sea, con su otro significado, “señor”. Como esto llegó a ser, lo demuestra lo suficientemente el hebreo bíblico, en el que en vez de “yo” se usa “tu siervo”, y en vez de “tú”, “mi señor” o “mi amo”. Ningún idioma admite el señalamiento preciso de una línea de división entre la palabra real y la gramatical; y esto se comprende, porque estas voces se transforman tan paulatinamente de reales en gramaticales, que el mismo vocablo puede ser usado en los dos sentidos. Mas, la diferenciación puede notarse, al analizarse con detención, a pesar de que no sea muy marcada. Si intentara contar una historieta comprensible en inglés, usando únicamente palabras reales, evitando de emplear voces gramaticales, que son los verdaderos ligamentos del esqueleto fraseológico, cualquiera se convencería de que la creación de las palabras gramaticales constituye uno de los grandes adelantos efectuados por el hombre en la formación del lenguaje articulado.

C. M. FREUNDLICH

Profesor en la Universidad Nacional de Córdoba
